MUESTRA

CAPÍTULO 9

Entre claveles y promesas

Una noche de verano, con el aire pesado y agobiante, Rosalina se dio un baño rápido y gritó mientras se secaba el cabello:

—Arréglate, Sira. Hoy iremos al baile. No podemos quedarnos a padecer este calor. Va a ir doña Pascualina con sus hijas también.

—No tengo ganas, mamá. Estoy de mal humor, y no me caen bien esas hijas que tiene esa mujer —protestó Sira.

—Salir de casa nos hará bien —la interrumpió—. Ponte un vestido y vamos. Nos va a hacer bien a las dos.

Sira cedió.

Al llegar al club, las guirnaldas de luces brillaban sobre el patio espacioso de pisos calcáreos recién encerados. La música que llegaba de afuera, tan diferente a los viejos fados de sus padres, inundaba el lugar bajo las estrellas.

Sira no solía relacionarse con las jóvenes, no por timidez sino porque no toleraba sentirse examinada, juzgada con solo una mirada. Aun así, esa noche no tenía más opción que compartir la mesa con ellas. Pidió un vaso de gin. Llevaba un vestido ceñido en la cintura de falda acampanada. Jugueteaba con sus guantes cortos moviendo las manos con sinuosidad.

En un momento levantó la vista y descubrió a un muchacho bronceado, vestido con traje y corbata impecables. Lo que la hipnotizó fue el mechón dorado sobre su frente y, por encima de todo, un par de ojos azules que le provocaron un interés inmediato. Lo miró con insistencia, sin disimulo. Jonas, que estaba a pocos pasos, notó la intensidad de la mirada, sonrió de lado y se acercó.

—¿Qué miras? —preguntó él con voz baja, deteniéndose frente a ella.

Sira entendió solo lo que quería escuchar. Se puso de pie y contestó:

—Sí, bailo.

Antes de que él pudiera reaccionar, ella lo tomó de la mano y lo llevó hacia la pista, desafiando la regla implícita de que el hombre debía dar el primer paso. A Jonas le fascinó el desafío de sus ojos, el brillo de sus labios y esa sensualidad libre de inhibiciones.

Bailaron durante horas. Bebieron esos tragos dulces que invitan a la risa y liberan el ánimo. Hacia la madrugada, el ritmo frenético cesó y el tocadiscos dejó sonar una balada lenta. Los cuerpos se buscaron, entregándose a un vaivén de respiraciones compartidas en un espacio donde las distancias parecieron anularse. Las manos de Jonas recorrieron la espalda de Sira con una suavidad deliberada.

—Bailas como si nadie nos estuviera mirando —susurró él cerca de su oído.

—No me importa quién mire —respondió ella, hundiéndose más en su pecho.

Desde lejos, Rosalina observaba la escena con creciente alarma. Consideró que la cercanía cruzaba la línea de lo aceptable y cruzó la pista decidida.

—Sira, es tarde. Nos vamos —interrumpió, tomándola del brazo con firmeza—. Despídete del caballero.

—Mamá, por favor, un momento más —pidió Sira, sin soltar la mano de Jonas.

—Dije que nos vamos.

Jonas no quiso dejarla ir.

—Espera —le dijo a la joven, ignorando la tensión de la madre—. Necesito volver a verte. Dime dónde.

Sira le sonrió, deslizó la mano por el saco de él y, en un susurro rápido, le aseguró el día y el lugar de la cita antes de dejarse llevar hacia la salida.